

RETRATOS y “CLAVELITOS”

PEDRO SOLER

Solamente Juan Alonso “El diez-ruedas de la villa de Tabernas” si se arrancaba con una jota (yo le escuché una vez) era comparable a Simón Alías, cuando en su acordeón sonaban las notas de “Clavelitos”.

Juan Alonso era de Tabernas y visitante habitual de los pueblos de la comarca. Su mote de “diez ruedas....” le venía por su afición a desplazarse andando y con paso de legionario a todos los lugares donde iba. Costumbre que rara vez dejó de cumplir. Para tal cometido, se remangaba los pantalones y las mangas de la camisa, oteaba el horizonte y acompañando el paso con un braceo decidido, enfilaba la cuneta de la carretera hasta llegar a su destino. Daba lo mismo que éste estuviese a veinte o cuarenta kilómetros, lloviese o hiciera Sol. Tampoco atendía a quien desde su vehículo le invitaba a llevarlo. Solamente en una ocasión, un motorista de Sorbas logró que subiese en su moto para llevarlo a Vera. Este quiso atemorizarle, tomando las curvas con más atrevimiento del necesario y conduciendo con cierta temeridad. Al sentir que no lograba dominar la moto, paró como pudo en el borde de la carretera. Cual fue su sorpresa al ver que Juan, de pie en el asiento trasero, le daba moquetazos, invitándole a que corriese más y cruzase por la trocha para llegar antes.

Todos le tenían por loco, aunque tal desajuste se lo atribuyeron por el empeño que tuvo toda su vida en no trabajar. Tenía para ello razones de cierto peso, más cercanas (en mi opinión) a la cordura que a ese atribuido desbarajuste de cabeza. En cierta ocasión, estando en la plaza, el cura párroco le inquiría con insistencia para que ocupase su vida en el trabajo que tanto le había de dignificar. Juan que era hombre pacífico y poco amigo de discusiones, le escuchaba pacientemente sin negar ni afirmar las vir-



Simón Alías

tudes que el cura atribuía al trabajo. Pero cansado ya de tan insistente monólogo, con cierta vehemencia se dirigió al sacerdote para decirle:

- ¡Don Andrés! ¿Usted es cristiano?

Sorprendido el cura, le mostró la sotana llena de lamparones y desgastada por el uso.

- ¡Juan! ¿Cómo puedes preguntarme eso? ¿No me ves? ¡Soy además sacerdote!

- Pues si además de cura, es cristiano —le espetó Juan— debería de saber que el trabajo es una maldición de Dios. Por tanto, no puede ser bueno.

Dicho lo cual, ante el silencio de la concurrencia, dió media vuelta y enfilando la calle de salida se fue en busca de otro destino.

Pocos como él podrían decir que dejaron éste mundo cumpliendo el cometido que se habían propuesto. Aunque por ello le calificasen de demente, viviendo de lo que quisieran ofrecerle, sin demandarle otra cosa a la vida.

Simón Alías, que así se llamaba de pila, era conocido por muchos como Simón “Amones”. Desconozco la procedencia de tal apodo, pero como otros muchos ya vienen de tan antiguo, que quien lo lleva y sus contemporáneos lo desconocen también. Simón no era hombre de

tertulia ni de bares, su precaria economía no le daba para ello. Es cierto que otros muchos, no teniendo mejor, un día si y otro también se retiraban a sus casas con los vapores etílicos más elevados de lo recomendable. Eran tiempos difíciles, el desánimo, lo incierto del porvenir y la desidia de la posguerra, llevaron a muchos hombres al alcohol como único escape posible. Es verdad que, a otros no les hacía falta ninguna excusa para beber, su afición a ello estaba por encima de cualquier otra circunstancia.

Simón Alías que no tuvo hijos, tampoco tenía más oficio que su acordeón y tocar los platillos en la banda de música, cuando ésta actuaba. Con el acordeón colgado de su hombro, seguido de su mujer con un cesto, se le veía a veces por los caminos. Lo llamaban de los cortijos y aldeas para que tocara en fiestas y celebraciones; bodas, bautizos y santos. Cobraba por ello unas escasas veinte pesetas, a más de la comida y el vino que fuese capaz de beber. El cesto siempre venía bien, para regresar a casa con un trozo de tocino, unas patatas o aquello que tuviesen a bien ofrecerle: Esa era la vida de Simón, que los más de los días andaba inactivo y taciturno, caminaba con la cabeza baja mirando al suelo. Las malas lenguas decían que siempre esperaba encontrar algo que le fuese útil.

Por aquellos años, en las fiestas de San Roque la banda tocaba sobre un entarimado de madera que instalaban en el centro de la plaza, cubierto con la bandera española levantaba un metro sobre el suelo. En su perímetro superior, había una baranda de madera pintada en verde que protegía a los músicos. Allí por encima del público, la banda daba sus conciertos y amenizaba el baile, con inagotables y sólidos pasodobles. De vez en cuando, se permitían alguna veleidad, introducían una polka o alguna mazurca, para



La banda de Sorbas actuando en la plaza. Simón toca los platillos. Hacia 1947.

romper así la monotonía. Sobre la media noche llegaba la hora del concierto serio, entonces el silencio era obligado. En unos instantes sonaría solemne “El Sitio de Zaragoza”, “La leyenda del Beso”, “Las bodas de Luis Alonso”, o alguna que otra pieza fundamental del repertorio donde la banda y su director ponían su sello.

El director de la banda era Juan Romera “Perón”, que a decir de algunos tal mote le venía por su parecido con el general Perón. Aunque para mí, ya hubiese querido el dictador argentino tener la apostura, el donaire y el gesto de Juan Romera, sobre todo cuando la banda acometía “El sitio de Zaragoza”. Puestos a comparar, andaba más cerca de la pose de Musolini que de cualquier otro dictador que se preciase de ello. Mucho más del nuestro, que con aquella voz atiplada y su diminuta apostura, estaba más cerca de un guiñol afectado y trágicómico, que de la solemnidad de Juan Romera.

Simón Alias estaba recluido en la última esquina del entarimado, al lado del tambor. Juan Romera dirigía los bailables con su donaire habitual, mientras las parejas disfrutaban de sus “agarraos” usando el mismo paso y ritmo para cualquier pieza que sonase. Un día de

San Roque, por la noche, al comenzar la banda su actuación, dos o tres habituales de las coñas se dedicaron, sin que los viese Juan Romera, a pasarle a Simón copas de coñac. Entre pieza y pieza, con disimulo, se las bebía de un trago. Tan contento lo pusieron, que Simón estaba ya más por las copas que por el concierto, aunque éste, con los pasodobles no adquiría la importancia de sus piezas fundamentales. Tan de memoria se los sabían, que bebidos o no, la cuestión iba sola. Pero llegada la hora de concierto, cuando la banda había de poner todos sus reaños para la interpretación, la cosa era más seria. Todo el mundo sentado estaba por la música. Cada instrumento tenía que dar su nota precisa, tal como lo hacían cada año y lo habían ensayado con insistencia. La solemnidad de Juan Romera adquiría tintes épicos, y la concentración de los músicos era intensa. Comenzaron con “La leyenda del beso”, siguieron “Las bodas de Luis Alonso” y aligeraron con el paso-doble “En er mundo”, que tenía un solo de saxofón muy aparente y celebrado. Después, la banda entraba en el plato fuerte. Antes, hacían un descanso, se probaban los instrumentos, el director (Perón) daba las instrucciones pre-

cisas. Sobre todo, al tambor y a los platillos que tenían intervenciones muy marcadas y singulares. Arrancadas las briosas y rítmicas notas “Del Sitio de Zaragoza” Simón estaba ya por otros mundos distintos al del concierto. Los tres o cuatro que se habían dedicado a servirle copas, apostados debajo de él, esperaban que la pieza musical andara por su parte más suave y lírica, para decirle:

- ¡Simón! Si das un platillazo, te damos otra copa de coñac.

Simón, al instante provocaba con estrépito el encontronazo de los platillos. Ante el desconcierto del director y de toda la banda, Simón miraba a todos lados esperando que alguien le dijese lo que sucedía. La concurrencia, que sabía la pieza desde siempre, se decía: ¿Esto no tocaba ahora? Dos veces más le hicieron repetir la jugada. A la tercera, Juan Romera indignado, le tiró la batuta de director y le hizo salir de su rincón. Simón dejó los platillos sobre la silla y se fue para su casa desconcertado, mientras la banda continuaba con sus sones.

Era también indispensable compañero de serenatas. Cuando se decidía echar alguna, íbamos en su busca a altas horas de la madrugada. Plantados debajo del ventanu-

co de su dormitorio, que daba a los poyillos, le tirábamos piedras si no atendía las voces que le dábamos. Finalmente Simón asomaba la cabeza gritando: ¿Que leches queréis de un cristiano a estas horas? Entre la cuadrilla y el ventanuco se entablaba el regateo. Simón decía, que por menos de veinticinco pesetas no tocaba “la acordeón”. Nosotros que quince. Según la necesidad de unos y el interés de los otros, la cuestión siempre quedaba arreglada. Así, de esquina en esquina, y de balcón en balcón, recorriamos el pueblo hasta las primeras luces del Alba, cuando los primeros que salían para el campo dejaban los burros atados en la reja del bar de José Romera, mientras unas palomitas templaban de buena mañana los estómagos.

Simón era muy susceptible para sus cosas. En cierta ocasión, nos negó el saludo porque prescindimos de él en una serenata. Debió de pensar que la competencia era desleal y que lo suplantábamos con artilugios con los que no podía competir. Una noche, decidimos echar la serenata con tocadiscos. Nos agenciamos un alargo y escaleras, de tal forma que, en la esquina

que considerábamos conveniente, apoyada la escalera en la pared, uno de nosotros subía, sacaba la bombilla, ponía un portalámparas y enchufaba el tocadiscos. Mientras sonaban los discos, la cuadrilla andaba entre las botellas de coñac y de vino. De tal forma, que las bombillas de las primeras esquinas, se volvieron a poner en su sitio. Más cuando los vapores del licor hicieron su efecto, las bombillas se quedaron sin poner y más de medio pueblo en la oscuridad. Ante las serias y lógicas amenazas del Alcalde, se desistió hacer las serenatas por tal procedimiento. Recurrimos de nuevo a Simón, pero éste, dolido por lo del tocadiscos, se negó tajantemente a echar más serenatas. Pasado un tiempo, estudiando la manera de convencer a Simón, alguien dijo que lo que más le gustaba era el “Licor 43” (un licor dulce que hacían en Cartagena). Nos plantamos debajo del ventanuco de Simón. Sin regateo, le ofrecimos veinticinco pesetas y la botella de licor sin descorchar. No hicieron falta más razones, en un santiamén Simón estaba con su acordeón en medio de la calle. La botella no hubo quien la tocara, apenas en la

calle, la cogió y no volvió a soltarla, cuando tocaba el acordeón se la metía en el bolsillo de la chaqueta, cuidando de que no cayese. Aquella noche, bien fuese por el Licor 43, o porque Simón sentía que su acordeón había vencido a los avances de la técnica, andaba contento. Tan a gusto estaba el hombre, que una vez concluida la serenata, cuando ya en la plaza la cuadrilla se disgregaba, nos invitó a continuar. Extrañados, entramos todos en el portal de la casa de Federico Valls. Simón se sentó en el escalón, y los demás, aposentados en el suelo, pegados a ambas paredes, nos dispusimos a escucharle. Después de dar los últimos tientos a la botella de licor, acomodó “la acordeón” entre sus piernas, mandó guardar silencio y nos dijo:

- ¡Muchachicos! Ahora que estoy entre gente principal y culta, voy a desvelar uno de mis secretos. Me diréis ¿Por qué no lo he hecho antes? ¡Pues no lo he hecho! Porque éste es un pueblo lleno de envidia y de incultura, siempre esperan que alguien haga algo, para hundirlo entre coñas y falsos testimonios. Por eso, ésta noche que estoy con gente que aprecia el arte, he deci-



La banda de Sorbas en el terraplén. Simón es el primero por la izquierda. Hacia 1947.

dido daros a conocer mis composiciones ¡Con una condición! Habréis de jurarme por lo más sagrado, que lo que aquí se hable y se escuche ésta noche, de esa puerta para afuera ha de ser como una tumba.

Le juramos y perjuramos que por nosotros, ni Dios sabría nada. Una vez convencido, Simón dispuso dar a conocer sus composiciones musicales, ante tan distinguido público.

- Esta que voy a tocar en primer lugar, la compuse de muy joven, allá por el año 31.

Después de adornar su alocución como buenamente pudo y darle unos cuantos tanteos a su acordeón. Ante el estupor de todos, Simón se arrancó con "Clavelitos" Los demás, aguantábamos la risa como se podía, el que no lo lograba con la excusa de orinar salía a la plaza, donde daba desahogo a la risa. Allí se nos hizo de día con Simón, cuyo repertorio era inacabable, ya que todas las canciones de la tuna y algún paso-doble que otro, eran composiciones suyas.

Un día de agosto tórrido, con el aire de poniente quemando, el pueblo se había quedado desierto. Los que tenían coche se habían ido a la playa, otros optaron por el autocar de Juan Codina. En un medio u otro, todos se habían ido. Yo estaba comiendo en el Kiosco, cuando vi entrar una ambulancia al pueblo. Entonces una ambulancia era un mal presagio, sólo las había en la ciudad. Inicié el regreso al pueblo bajo aquel Sol de justicia y al llegar a los poyillos (donde hoy esta el bar Candela), me encontré con una de las estampas más tétricas que he conocido. Era la viva estampa de la España negra y profunda; en medio de la calle, atravesado, estaba un ataúd con el cadáver de Simón Alías. Sobre él, gimiendo, su mujer no entendía nada, el día anterior lo había dejado en Almería, tocando el acordeón por el paseo, donde se sacaba unas pesetas. Dijeron que tuvo un mareo y le llevaron al hospital, donde murió.

Con los avances de la técnica; toca-discos, radio-casetes y que el campo se había despoblado, a

Simón ya no le llamaban de los cortijos y la banda también se había disgregado. El abandono y la emigración dejaron al pueblo y sus barriadas solitarias. Simón no tuvo otra salida que tocar el acordeón en el Paseo de Almería. Su mujer, mientras tanto, recogía aquellas monedas que le dejaban en el platicillo. Conseguido lo que ellos creían conveniente, regresaban al pueblo, hasta que la necesidad les obligaba de nuevo.

Mientras la mujer de Simón lloraba sobre el ataúd, dos hombres con bata blanca, la conminaban a que firmase unos papeles que le ofrecían. Ante estampa tan siniestra y el desamparo de aquella mujer intervine para enterarme de lo que sucedía. La esposa de Simón decía que no sabía escribir y por lo tanto no podía firmar. Al verme, aquellos hombres me pidieron que firmase yo. Revisé los papeles, que sólo eran un certificado de defunción y un albarán de entrega del cadáver. Les pedí algún otro que certificase la causa de la muerte, y me contestaron que sólo eran los conductores de la ambulancia. Ante mi negativa, uno de ellos se arrodilló, puso los papeles sobre el ataúd, los firmó, dieron las buenas tardes y volvieron hacia Almería con su ambulancia. Hasta entonces, no había cruzado un alma por allí, ni por ninguna calle cercana. Entre la mujer y yo, logramos sacar el ataúd de en medio de la calle y arrimarlo a la entrada de la casa. Me propuse ir en busca de alguien, mientras ella velaba el ataúd bajo aquel sol justiciero. Al llegar a la plaza, me encontré con Jaime Valls que acababa de llegar al pueblo. Entre los dos, y no sin riesgo, logramos subir la caja con el cadáver de Simón por aquellas estrechas y empinadas escaleras. Una vez arriba, Jaime fue en busca del cura. Entre tanto, la mujer y yo logramos colocarlo sobre la cama. El gesto del cadáver era lamentable, con la boca abierta y la lengua saliéndole por la comisura de los labios. La esposa, se abrazó a los pies de Simón, mientras lloraba y decía lastimeros quejidos por su suerte. Yo cogí un pañuelo de ca-

beza que había sobre un viejo baúl, como pude, le introduje la lengua y le hice una mortaja, que le dejó la boca cerrada para siempre. Instantes después, llegaba el cura preguntado por lo sucedido y las causas de la muerte. Hizo los rezos pertinentes sobre el cadáver, dió dos o tres golpes de hisopo y se fue a preparar el entierro.

Pasadas unas horas y con el Sol ya menguando, comenzó a llegar la gente al pueblo. La voz de la muerte y entierro de Simón Alías, había corrido como la pólvora. Se organizó la comitiva fúnebre, y a la antigua usanza, con el muerto a hombros de sus paisanos, emprendimos el camino del cementerio. Como todo había ido tan rápido y cogió tan de sorpresa, nadie había previsto donde enterrar a Simón. Ante las dudas e incertidumbre, Juan "el Blanqueaor" (para otros "Dioni") que era por aquel entonces el enterrador del pueblo, dijo saber donde estaba enterrado el padre. Con el ataúd a peso, todos le seguimos hasta donde Juan indicó. Una vez allí, picó para quitarla las juntas de una lápida antigua, la apoyó sobre la pared y entre varios sacaron del enterramiento un ataúd que casi se deshacía en las manos. Al destapar la caja, todos nos quedamos sorprendidos, mirando los despojos que había en ella. El padre de Simón llevaba más de sesenta años enterrado, de él sólo quedaban los huesos sobre un polvo amarillento y oxidado que los cobijaba. Había sido soldado en la campaña de Cuba, y el uniforme parecía recién planchado, como si acabara de ponérselo. El raso de la tela brillaba, la raya del pantalón estaba intacta y el color lila pálido de las rayas no había perdido su tinte.

Juan acomodó como pudo los restos del padre en la caja de Simón, y éste fue enterrado para siempre. Nadie, que se sepa, aprovechó su acordeón y nunca más, para nosotros, "Clavelitos" fue la misma canción.